SAINETE NUEVO

TITULADO

EL RECLUTA POR FUERZA.

PERSONAS.

D. Antonio, teniente.—Tizon, sargento.—Un cabo de escuadra.—Un tambor.—Lúcas, viejo.—Isabel.—Reclutas y soldados de la bandera.

Plaza de lugar con puerta y ventana á la derecha y bandera de recluta. Salen Lúcas é Isabel por la izquierda.

Luc. Escucha, Isabel; ya sabes
que me ha dejado mi hermano
por su heredero.
Isab. Lo sé.
Luc. Tambien sabes, que apiadado
de tu pobreza (y queriendo
cumplir con el padrinazgo),
te dejó cinco mil pesos
de dote, mas con el cargo
y calidad de que fueses
mi mujer, por que en el caso
de no casarte, mandó
que no te se diese un cuarto.
Isab. Es verdad, mas mi padrino
se mostró en eso tirano.
Luc. Ya, ¡si estás enamorada
de ese oficial de los diablos
que ha venido de bandera!
Isab. Eso dejémoslo á un lado,
y diga lo que pretende.
Luc. ¿Qué pretendo? que ya el año
de los lutos se ha cumplido
y es fuerza regocijarnos;
conque así dime, Isabel,
clarito, si nos casamos.
Isab. ¿Quiere usted lo desengañe?
pues sepa que yo no trato
de entregar mi libertad
á un simplon estrafalario,
que tiene ya en cada pata
sus veinte y cinco muy largos.
Luc. ¡Vaya, vaya, que la niña
habla poco, pero malo!
Isab. Yo he de decir lo que siento.
Luc. ¿Conque ya has determinado?
Isab. Sí, señor.
Luc. Pues no habrá dote.
Isab. Se me da poco cuidado.
Luc. Tu oficial tambien es pobre.
Isab. Yo no he de vender mi mano;
conque así poco me importa.
Luc. Bien, ya verás los trabajos
que te esperan.
Isab. Todo es ménos
que malograrme en los brazos
de semejante estantigua.
Luc. Dime, dime dicharachos,
que algo al fin han de costarme
los cinco mil que afianzo.
Sale sarg.—Señor Lucas, buenos dias;
celebro ver ese garbo, señora Isabelita.
Isab. Adios, señor sargento.
Sarg. ¿Esta malo
el señor Lúcas, que hoy tiene
una cara de caballo?
Luc. No estoy muy contento, nó.
Sarg. Apuesto yo cuatro cuartos
á que han tenido jollin,
yá, cosas de enamorados.
Isab. ¿Enamorados? ¡Já!, ¡já! *se rie.*
Luc. Como usté se está burlando.
Sarg. Pues no es eso regular,
porque usted es un muchacho
(mejorando lo presente)
que á la verdad más de cuatro
señoras del moño tieso,
que se ponen el tallazo
á la orilla del cogote,
le tomaran para trasto.
Luc. ¿Lo oyes, Isabel? ¿ves cómo
sin justicia me has tratado?
Isab. Si á mí no me gusta usted,
¿cómo puedo remediarlo?
Luc. No te gusto porque tienes
al oficial en los cascos.
Sarg. ¿Mi tiniente?

Luc. Sí señor.
Sarg. Hombre, ensanche usté ese cuajo;
¿sobre que ustedes se ahogan
sin mojarse los zapatos?
Venga un abrazo en albricias
de que mañana marchamos.
Luc. ¡Qué escucho! ¿se van ustedes?
Sarg. Segun la órden que ha llegado
del coronel, yo discurro
por la mañana temprano
se mudará la bandera
é irá la tropa marchando.
Luc. ¡Qué gusto, señor sargento!
Sarg. Vaya, deme usted un abrazo.
Luc. Tome usted aunque sean seis.

Al darle los abrazos le da un papel el sargento á Isabel, ella le toma.

Isab. De mi bien es. Yo me aparto
para poderlo leer. (*Váse.*)
Sarg. Mañana no habrá más gallo
en todo el pueblo que usted.
Luc. ¿Y dónde es la marcha?
Sarg. Al campo de Gibraltar, á mudar
el peñon hácia otro lado.
Luc. ¿Lo escuchas? ¿Mas dónde está?
Sarg. La pobre se fué llorando.
Luc. No importa, en quedando solo
me buscará con halagos.
Sarg. Cabal.
Luc. Yo seré el coquito de su amor.
Sarg. ¡Eso está claro!
bien que usted se lo merece.
Luc. Usted viva muchos años.
Sarg. Soy así con los amigos,
y yo lo quiero á usted tanto,
que en pensar que no he de ver
á usted más en largos años,
lloro como un niño: vaya,
déme usted otros tres abrazos.
Luc. Con grande gusto.
Sarg. Si es mucha
la voluntad que he tomado
á usted, que aunque es algo viejo
tiene una gracia... vamos,
no es pasion; pero si usted
no fuera, como es, un muchacho,
me casaba con usted.
Luc. Señor, ¿qué está usted hablando?
Sarg. Lo digo como lo siento.
Luc. Con que no estoy falto de prendas?
Sarg. ¡Ya yo quisiera
solo la mitad del garbo
que á usted le sobra! además
que tiene esos ojazos
un no sé qué tan alegre,
que están siempre dando saltos
como cuando en la taberna
me tiro un buen latigazo
de Jerez y veo andar
los bigotes en el vaso.
Luc. ¿Pero por qué Isabelita
me desprecia?
Sarg. Es necesario
para arrastrar las mujeres
tener cierto garabato...
ciertas palabras...
Luc. ¿Cómo?
Sarg. ¡Oh! para eso los soldados
somos el non-plus; ¿no visteis
como al punto que llegamos,
á la señora Isabelita
le echó mi oficial el gancho
del Dios machin? Pues mirad,
yo hubiera hecho otro tanto
si me hubiera dado gana;
pero dije (acá mi sayo):
Nó, Tizon, tu amigo es Lúcas
y no has de hacerle este agravio.
Luc. Mas decid, ¿cómo tan presto
caen las mozas en el lazo?
Sarg. Eso es muy fácil; mirad,
cuando vemos un pedazo
de cielo que se nos viene
poquito á poco acercando,
lo primerito al sombrero
le damos, así, un sopapo,
y queda en forma de ataque.
Despues este pié sacamos,
y ponemos la figura
como la sota de bastos.
Entónces sobre este hueso
enganchamos una mano,
con la otra un manuseo
á los bigotes le damos,
y agachando con salero
tres partes del espinazo
(de modo que de boca á boca
haya de distancia un palmo),
les decimos las horrendas
palabras del calendario
militar, con que las pobres
piden cuartel á dos manos.
Luc. Pero en eso habrá tambien
ó brujería ó encanto.
Sarg. No, señor, todo consiste
en decir con desenfado las palabras.
Luc. Vaya alguna.
Sarg. No tengo algun embarazo;
oiga usted: cuando la moza
está atenta, comenzamos
á decirla: señorita,
desde que ví esos ojazos,
tocaron la generala

mis potencias, y si alcanzo
que hagan brechas mis finezas
en su pecho, de un asalto
me subiré á la muralla
de su casa tremolando
la bandera de mi fé,
sin que puedan cañonazos
de inconvenientes rendir
mi nunca rendido brazo;
pues como querais (señora)
ni obús, ni bala, ni taco,
ni foso, ni terraplen,
ni fortin, ni embayetado,
ni reducto, ni trinchera
me detendrán, pues me llamo
Salchichon, cartucho, espeque,
y sobre todo, Soldado.
Oyendo esto las muchachas,
al instantito, volando,
llenas de horror capitulan,
y se entregan al contrario.
Luc. Maldito si entiendo jota
de esa lengua: ¿Cómo diablos
se enloquecen las mujeres
con tales tonterías?
Sarg. ¡Bravo!
¿tonterías? pues yo apuesto
que si como vos sois macho
fuérais hembra, en un instante
fingiérais aquí un desmayo
tan solo por refregarse
contra el prepotente sayo
de municion.
Luc. ¡Carambola!
Sarg. Y si quereis verlo claro,
decidla cuatro palabras
á Isabelita.
Luc. ¡Es en vano,
porque ni aun quiere escucharme!
Sarg. Tambien puede usted lograrlo
escribiéndola un papel.
Luc. Pensamiento soberano;
Vaya, escribidlo.
Sarg. ¿Y usted
lo firmará?
Luc. Por sentado.
Sarg. Ea, manos á la obra;
dejadme que tome el banco
de la bandera.

Se sienta y saca papel y tintero.

Luc. ¡Qué hombre tan hábil!
Sarg. Yo preparo
tintero y papel; oid:
¿os parece que pongamos,
señora, la ciudadela
de ese salero, que rabio
por conquistar... (*Escribe.*)
Luc. ¡Grandemente!
eso está muy bien hablado.
Sarg. *Me ha obligado á sentar plaza*
por el tiempo de ocho años,
en la milicia de amor (*Escribe.*)
Luc. Qué gran pensamiento ¡bravo!
aunque sea por un siglo.
Sarg. Vamos ahora buscando
un golpe, para remate,
terrible que vaya arriando
la bandera. Ya cayó:
pues espero que ese garbo, (*Escribe.*)
se me entregue prisionero
á dos ó tres fusilazos.
Luc. Así va bien. Cada letra
es lo mismo que un guijarro.
Sarg. Esto basta: firme usted.
Luc. Allá va mi garabato. (*Firma.*)
Sarg. Con qué gusto el lililó
firma su enganche, ¡qué chasco!
Vaya ¿queda usted contento?
Luc. Y mucho; ¿pero quién diablos
se lo dará á Isabelita?
Sarg. De eso, amigo, yo me encargo.
Luc. Que no se le olvide á usted.
Sarg. Usted no tenga cuidado,
porque el sargento Tizon
sabe en semejantes casos,
por un amigo, largar
en el suelo hasta el redaño.
Luc. Pues hasta luego.
Sarg. Hasta luego.
Luc. Cuenta. (*Váse.*)
Sarg. Chitito, y dejarlo.
Ya este pájaro cayó
en la trampa; pobre diablo,
se quedará sin la novia,
sin los cinco mil pesazos,
y hasta el sargento Tizon
le arrancará un buen pedazo.
Sale Isab. ¿Señor sargento?
Sarg. ¡Lucero!
¿leyó usted el cartapacio de mi oficial?
Isab. Mas no entiendo
qué significa este chasco
que á Lúcas quiere jugarle.
Sarg. Pues mire usted que es un pase
de comedia donde usted
ha de fingir que está echando
las tripas de amor por Lúcas.
Isab. ¿Mas cómo, si no le amo?
Sarg. Pues es fuerza, si usted quiere
tener el grande gustazo
de mirar cinco mil veces
la cara del rey mi amo.

Sale D. Antonio de oficial.

Ant. Isabelita, bien mio,
perdóname si he faltado
un instante de tus ojos.
Isab. ¡Ah D. Antonio! no alcanzo
lo que intentais.
Ant. Tizon es
quien me obliga á ejecutarlo:
él ha discurrido un medio
para sacar á ese avaro
tu dote; mas si no gustas
no se hará lo proyectado;
¡qué más tesoro, bien mio,
que tu corazon!
Sarg. Buen plato
para matar una hambre
soldadesca: estoy pasmado,
mi tiniente, de que un hombre
que ha medido casi á palmos
las siete partes del mundo,
se mantenga tan bonazo.
Mire usted, yo he sido siempre
como usted sabe, inclinado
á las costillas de Adan,
de suerte que unos ojazos
de aquellos de calidad
me hacen cantar como gallo;
pero en no teniendo mosca
se me pone tan delgado
el garguero, que jorgeo
como un tiple italiano.
Ant. Pero si Isabel...
Sarg. La niña
hará lo que la he mandado:
vea usted aquí el enganchamiento
de Lúcas, ya ni los diablos
lo arrancarán de mis uñas
sin que alargue de contado
los cinco mil, la muchacha,
y un par de caramelos
de oro para su sargento.
¿Va bien, mi tiniente?
Ant. Encargo
lo primero, que aunque es burla,
y su corazon ganado
tengo, no gusto se diga
que un oficial, mezclado
se halla por vil interés
en un asunto tan bajo,
que pierda mi estimacion;
supuesto aqueste reparo,
no padeciendo mi honor,
que es el que debo arrestado
sostener, dispon ahora
como quieras.
Sarg. Bravo, bravo.
Pues señor, ahora es tiempo
de Carnaval, y apropiado
viene el juguete: él se acerca,
yo le he dicho que nos vamos,
y así cuenta con hacer
la despedida de paso.
Sale Luc. Venga V., compadre Lúcas,
que ha rato que le esperamos.
Ant. Señor Lúcas, buenos dias.
Lúc. Yo siempre soy su criado.
Ant. Mañana me pongo en marcha,
y así vengo á ver si acaso
teneis que mandarme.
Luc. Estimo
la buena memoria.
Ant. Es tanto
lo que os debo, que jamás
ni de vos, ni de este encanto
de hermosura, he de olvidarme.
Luc. Pero... mire usted... ¡yo rabio!
Sarg. Compadre, si esa es la moda.
Luc. Es una moda del diablo.
Ant. Permitid, señora... (*La abraza.*)
Isab. Yo, con toda el alma os abrazo.
Sarg. Otro abrazo.
Luc. Pasa fuera.
¡Y esto es moda!
Sarg. Mucho: ahora
me toca hacer otro tanto.
Adios, Lúcas. (*Le abraza.*)
Luc. ¡Arre allá!
Isab. Adios, mi dueño adorado.
Sarg. Compadre, adios.
Luc. Basta, basta.
Ant. Adios, mi bien.
Los tres. Adios, adios,
hasta que á vernos volvamos.
Vánse los dos.
Luc. En fin, niña, ya se fueron.
Isab. ¡Gracias á Dios!
Luc. Habla claro,
¿para qué es fingir? si es fuerza
que estés por dentro rabiando.
Isab. ¿Yo rabiar? ¿yo? ¡vaya, vaya!
qué simple, qué mentecato
será quien piense tal cosa.
Luc. Está bien, mas sin embargo
tú andabas siempre tras él.
Isab. ¡Válgame Dios, y qué engaño!
él á mí me perseguía.
Luc. Mas te gustaba su trato.
Isab. Sí, señor, yo lo confieso,
porque tiene un talentazo
que á cualquiera engañará.
Luc. Lo quieres, no hay que negarlo.
No ha un instante que tú misma
me dijiste con descaro

que le amabas.
Isab. Sí, lo dije,
pues entonces me enfadaron sus celos.
Toca llamada el tambor.
Luc. ¿Qué dices, niña?
¿Puedo estar asegurado
de que no le quieres?
Isab. Sí,
porque yo jamás me pago
de unos hombres volanderos.
Luc. Ciertamente que te alabo
el gusto, cosa que dure:
un amante, supongamos,
como yo.
Isab. Cabal: usté,
aunque no me dice tantos
requiebros, allá los piensa,
y es lo mismo para el caso.
Luc. Esto lo dice sin duda
por la carta: en fin, sepamos
si has de ser mia.
Isab. Yo quiero
obedeceder el mandato
de mi padrino que Dios
tenga en su eterno descanso.
Luc. Haces bien, mas sea presto,
que el pobre andará
hasta el dia de la boda.
Isab. Ya estoy pronta á ejecutarlo.

Sale el cabo de escuadra, y el tambor quien dará vuelta alrededor de Lúcas tocando.

Cab. Quítese usted ese sombrero.
Luc. ¿Qué hay de nuevo, señor cabo?
Cab. Escuche en nombre del rey:
el recluta Lúcas Caro
acudirá á la bandera
para partir á las cuatro
de la mañana, y de nó
será al punto condenado
por desertor á la pena
que previene en tales casos
la Ordenanza.
Luc. ¿Cómo es eso?
¿qué lenguaje de los diablos
es ese?
Cab. ¿No lo ha entendido?
Luc. A mí nadie me ha enganchado;
esta es burla muy pesada.
Cab. Advierta usted que está hablando
con el cabo Martin Porras,
que jamás en picos pardos
gasta el tiempo: mi sargento
ahora mismo me ha enseñado
su firma: chiton, y tome
el hábito de soldado (*Le tira la casaca*)
Isab. Pero señor, ¿quién ha visto
reclutar á un hombre honrado
con semejantes violencias?
Cab. No me quiebre usted los cascos
con esas alicantinas:
cuenta que si le echo el gancho
irá tambien con la gorra
hácia el batallon marchando.
Luc. Ya no puedo sufrir más:
es un pícaro, un malvado
vuestro sargento.
Cab. Chito,
porque si le tiendo el palo... (*va á darle*)
Isab. ¡Ay! Dios! deténgase usted.
Luc. Tú me has jugado este chasco,
bribona, por más que finjas.
Isab. ¡Yo ser infiel á quien amo!
¡yo infiel! ¡y estoy que no puedo
respirar! ¿Este es el pago
que merece mi cariño?
¡soy desgraciada! ¡en qué astro
nací yo! voy á llorar
en un rincon este agravio. (*Váse.*)
Cab. Tengamos la fiesta en paz,
mire usted que si me enfado
no le arriendo la ganancia.
Luc. Pero ¿yo cuando he sentado plaza?
Cab. Ved aquí el uniforme (*Con cachaza*)
Luc. Yo no me pongo esos trapos
aunque me maten.
Cab. Ved aquí
la gorra.
Luc. Me haré pedazos
primero que me la ponga.
Esta es violencia: ¡yo rabio!
Cab. Aquí está el sable, á más ver.
Luc. Pero escuchad, señor cabo,
lo que digo.
Cab. A la bandera,
ó morir á fusilazos;
adios, camarada: toca
á este recluta el fandango.

Vase tocando la marcha.

Luc. ¡Qué infamia! ¡jugar conmigo
de esta suerte! mas no acabo
de comprender este enredo:
¿si vendré yo á ser soldado?
pero aquí viene el sargento,
veré si descubro algo.
Sale el Sargento. ¿Amigo?
Sarg. Dejeme usted
que vengo arrojando rayos
por los ojos.
Luc. ¿Por qué causa?
Sarg. ¿Pues qué ignora usted la mano
que le han jugado? más ¡hola!

¿ya está aquí el bendito sayo?
¡voto al sol!...
Luc. ¿Y esto es de veras!
Sarg. ¡Ojalá que fuera engaño!
Luc. Pero si yo no consiento.
Sarg. Amigo, ya es necesario
consentir: su misma firma
le condena.
Luc. ¿Cómo ó cuándo
he firmado yo esas cosas?
Sarg. Amigo, usted es muy bonazo.
Ya no hay un hombre de bien
en el mundo: ese taimado
de mi tiniente... ¡por vida
de las barbas de Pilato,
que si tuviera de oro
untado el hombro, de un tajo
lo habia de abrir hasta el pecho!
Luc. ¿Qué ha hecho el tiniente? sepamos.
Sarg. La carta que yo llevaba,
¡vaya, si echo espumarajos
de manzanilla!
Luc. ¿Qué es de ella?
Sarg. La dí á la niña en sus manos,
la abrió, leyó, y me dijo
yo juzgaba que era un asno
Lúcas; pero ya conozco
que no es ningnn mentecato:
estando en esto llegó
mi tiniente, quiso ufano
decirla cuatro requiebros,
como siempre: llevó en cambio
un retorcimiento de hocico,
mi pobre oficicial, rabiando
tocó un redoble de votos,
dió hácia el frente cuatro pasos,
deenvainó las diez uñas,
y calando todo el brazo,
en ménos que yo me tiro
al coleto un champurrado,
quedó el pobre papelon
prisionero entre sus manos.
Luc. ¿Mi carta? ¿y despues qué hizo?
Sarg. Leyóla el pobrete á tragos:
despues, jurando vengarse,
se fué de allí como un rayo:
yo por saber sus intentos
á la retaguardia marcho:
llego á su casa, y entonces ví...
Luc. ¿Qué vió usted? sin mascarlo.
Sarg. Ví que cortando lo escrito
en el poquito de blanco
que quedaba entre la firma,
escribió con cuatro rasgos
su enganchamiento de usted.
Luc. ¿Y eso es suficiente?
Sarg. Es harto:
pero si yo fuera usted,
solo por guardarle el chasco
compraría mi licencia.
Luc. Dice usted bien: ¿pero cuánto
querrá por ella?
Sarg. De diez
hasta doce mil ducados.
Luc. ¿Diez mil ducados? ¡zarazas!
y sabe usted si los valgo?
Sarg. Ya se vé que nó: más suelen
los hombres en ciertos casos...
Luc. No hay casos que valgan; ántes
serviré al rey veinte años.
Sarg. ¡Viva el valor! camarada
encapíllese usted el sayo
de dos colores. *Se lo pone.*
Luc. A bien que es usted amigo.
Sarg. Es claro, yo mismo le enseñaré
el ejercicio; ¡qué guapo
va usted quedando! La gorra
se pone de medio lado.
Luc. De este modo?
Sarg. Grandemente.
Está usted como un Bernardo.

Salen cabo y tambor.

Cab. Señor sargento, el teniente,
que haga el ejercicio un rato
la tropa.
Sarg. Toca á llamada.

Toca el tambor la llamada, y van saliendo los soldados de la bandera con fusiles y uno que traen para Lúcas.

Luc. Yo estoy como atolondrado.
Sarg. Alon, tome usted el fusil.
Luc. ¿Me dirá usted todo cuanto
debo hacer?
Sarg. Sí, mas con todo
es fuerza poner cuidado,
porque yo no tengo amigos
cuando desempeño el cargo.
Luc. A usted me encomiendo.
Sarg. Sí,
No tema usted, ese palo: (*Al cabo.*)
Señores, fórmense ustedes.
Atencion: señor soldado,
esa cabeza derecha.

A Lúcas con la vara le levanta la cara.

Luc. Señor Tizon, ¡por San Pablo!
Sarg. Usted no tenga recelo.
Armas al hombro: ese brazo
en su lugar. (*Le dá un palo.*)
Luc. ¡Ay Dios mio,
si me ha deshecho un costado!
Sarg. Hombre, ¿quién le llega á usted?

Luc. La vara.
Sarg. Qué delicado
es usted.
Luc. Por Dios, señor.
Sarg. No hay cuidado: (*Le dá.*)
Marchen: guarde usted el compás.
Luc. ¡Ay Jesús, que me ha matado!
Sr. Tizon, ¡por S. Pedro! que me duele.
Sarg. No hay cuidado,
que es el polvo del camino.
Luc. ¡Quién me metió á ser soldado!
no es usted mi amigo!
Sarg. Y mucho:
por eso con tal cuidado
le enseño, que aunque vea
que yo le rompa de un palo
una costilla, usted crea
que es en amistad.
Luc. ¡Canario!
Sarg. Silencio: marchen, más corto
el paso, señor soldado. (*Le dá.*)
Luc. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Sarg. Fué sin querer,
ya veo que sois un asno.
Descansen ustedes mientras:

A la tropa que se aparta.

Ea pues, señor soldado,
usted solo, el cuerpo recto:
marche con desembarazo:
míreme á mí: uno, dos:
uno, dos: ¿está enterado?
Luc. Sí, señor.
Sarg. Hágalo al punto.

Se pone Lúcas solo á marchar, y da los dos primeros pasos mal, y á los tres le da palos el sargento.

Luc. Uno, dos, tres y cuatro;
cinco, diez, veinte, cuarenta:
ya no más, ¡por San Hilario!
Sarg. Hombre, qué blando es usted
de costillas. No, no trato
dar disgusto á los amigos,
y si está usté incomodado
dejaré para otro dia
el ejercicio.
Luc. ¿Qué diablos
de oficio es este? oiga usted
dos palabras á este lado.
Sarg. ¿Qué se ofrece?
Luc. Yo me atrevo
á dar cinco mil ducados
por mi licencia.
Sarg. Es muy poco;
si usted rebaja un ochavo
de los diez mil, marcharemos.
Luc. Eso ya es demasiado; adios, adios,
serviré.

Se va y lo detiene el Sargento.

Sarg. Camarada, más despacio,
que hay todavía que hacer.

Empieza á oscurecer.

Luc. ¿Aun no habemos despachado?
Sarg. Cabo escuadra, dé un fusil
á ese recluta, volando.
Cab. Este es el suyo.
Sarg. Ponedlo (*Oscuro.*)
de centinela.
Luc. ¿Y qué hago?
Sarg. Usted puede pasearse
ó permanecer plantado,
y supuesto que anochece,
en viendo un bulto, á lo largo
debe usted gritar ¿quién vive?
tres veces; si el bulto acaso
no respondiere, apuntadle,
y disparadle un balazo.
Luc. Está muy bien, yo lo haré.
Sarg. Pero compadre, cuidado,
que si usted deja su puesto,
así que se le eche mano,
le levantarán la tapa
de los sesos.
Luc. ¡Guarda, Pablo!
Sarg. Adios, amigo, hasta luego,
que os venga á mudar el cabo. (*Vase.*)
Luc. Vaya, yo estoy aturdido,
aun me están hormigueando
las espaldas; uno, dos:
uno, dos: maldito canto:
¡qué oscuridad! no veo gota
como la noche ha cerrado:
Mas ¡hola! un bulto... ¿quién anda
por detrás? ¡Jesus qué alto!
ánimo, Lúcas... ¿quien vive
tres veces? Se va acercando.
Yo le tiro... ¡Ay que el fusil
se me calló de las manos:
si lo hallaré... San Cirilo
de mi vida, dadme amparo.

Sale por el centro del teatro Isabel, y el sargento que finje ser el oficial.

Sarg. Allí ha de estar; hablad recio
para que pueda escucharlo.
Isab. No imagineis, D. Antonio,
que ceda á vuestros villanos
intentos. Yo tengo honor
y he prometido mi mano
á un hombre de bien, á un hombre
que con el alma idolatro.

Luc. Esta es la voz de Isabel
que al teniente le está hablando:
¡rabio de celos!
Isab. Y ahora
pretendo desengañaros
de que nunca os he querido,
y que el haberos hablado,
solo fué por pasatiempo;
y así dejar de quereros,
pues á todos vuestros ayes
me hallareis siempre de mármol.
Sarg. Pues te he de llevar robada
porque no logre tus brazos
el indigno Lúcas.
Isab. ¡Cielos,
que me roban! ¿Quién da amparo
á una triste doncellita? (*Llévala.*)
Luc. El se la lleva, yo parto
á socorrerla
Isab. ¡Favor! *Dentro.*
Luc. Grita mientras que te alcanzo.

Váse corriendo y sale el Sargento y soldados con faroles y aclara.

Sarg. Ya este pájaro cayó:
muchachos, pronto á pillarlo.

Vánse los soldados.

El pobre tendrá que dar,
no digo diez mil ducados,
sino todo su caudal,
si se le pide; ¡qué tragos
me he de echar á su salud!
sobre que dos ó tres cuartos
se ha de encarecer por mí
la manzanilla: menguado.

Salen Lúcas y soldados.

Sarg. ¿Qué has hecho?
Luc. A bien que solo
habrá un minuto que falto.
Sarg. ¿Y qué, te parece poco?
¿no te dije, desgraciado,
lo que manda la Ordenanza?
Luc. ¿Qué es lo que me está pasando?
Sarg. Fórmense todos; silencio:
por haber desamparado
su puesto el recluta Lúcas,
manda el capítulo octavo
de la Ordenanza, que muera
al punto alcabuceado.
Luc. ¡Qué escucho! ¡Mísero Lúcas!.
¡Isabel! Yo esto temblando,
señor sargento Tizon...
Sarg. Ay amigo, nada valgo
para librarte; lo más
que puedo hacer en tal caso
es pedir te apunten bien
para que no penes tanto.
Luc. ¿Pero qué, no bastarán
por esta vez unos palos?
Sarg. Que se le venden los ojos.
Luc. Esperad un breve rato:
¡no hay quien me ampare!

Sale D. Antonio é Isabel.

Ant. ¿Qué es esto?
Luc. Señor tiniente...
Ant. Templaos:
y sabed, amigo Lucas,
que esto ha sido un chasco
que os ha jugado el sargento
de acuerdo con los soldados.
Sabed tambien que Isabel
me ha dado palabra y mano
de esposa, y ha de ser mia
aunque no querais, avaro,
el entregarle su dote.
Luc. ¿Conque todo ha sido un chasco?
¿Y qué dices, Isabel?
Isab. Que no teneis que cansaros,
que D. Antonio es mi esposo.

Le dá la mano.

Luc. No hay remedio?
Isab. No le hallo.
Luc. Pues que ya salí del susto,
enhorabuena, casaos: mañana os en-
la dote y escarmentado (tregaré
quedo, el no querer por fuerza
violencias.
Ant. Dadme los abrazos.
Sarg. ¡Vivan los novios! compadre,
qué tremendos latigazos
á la salud de la boda hemos de echar!
Luc. Condenado, ¿y los palos del cortijo?
Sarg. Camarada, con cuatro tragos
se pasará la tormenta:
todo fué chanza, y postrado
os pido me perdoneis.
Luc. Ya estais todos perdonados.
Sarg. ¡Viva el tio Lúcas! corriendo
toditos á emborracharnos.
Ant. ¡Qué ventura!
Isab. Qué contento!
Sarg. A celebrar el dia vamos.
Todos. Pidiendo todos rendidos
perdon de defectos tantos.

FIN.

MADRID: 1885.—Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.